HE

Nú

Es

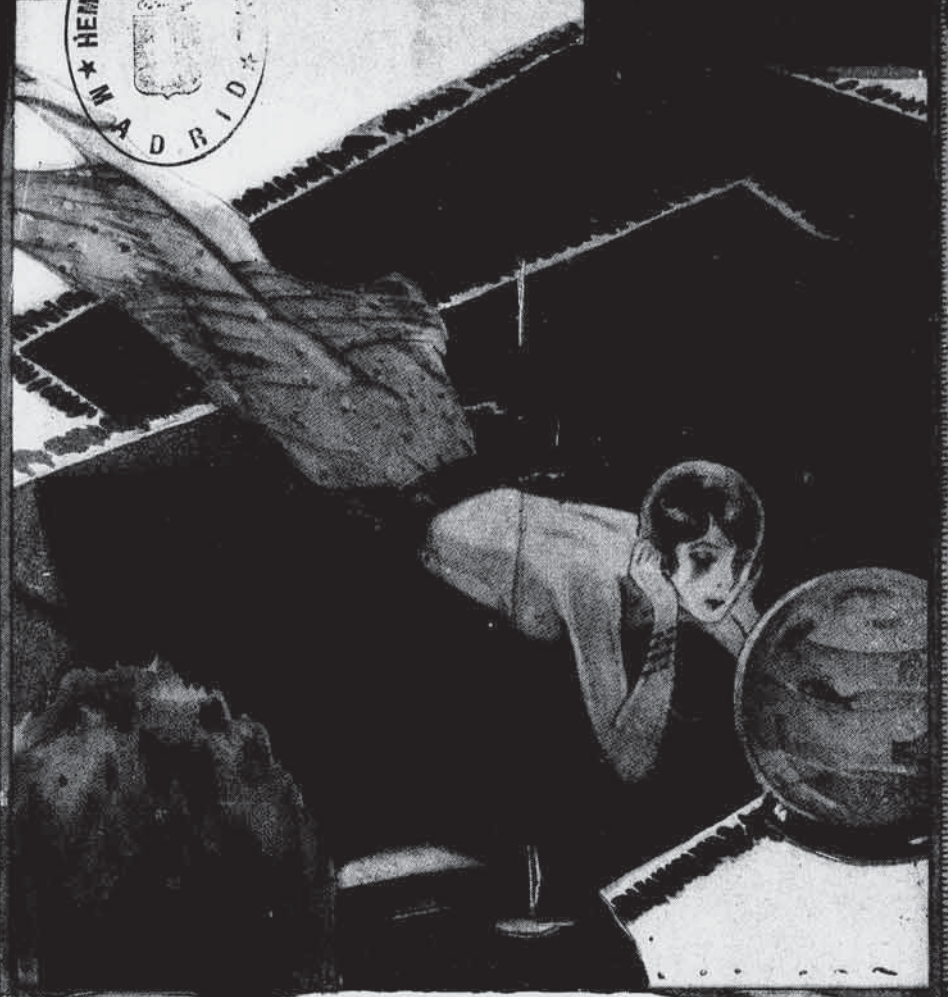
Ta

Nú

En

La Novela Sugestiva

HEMEROTECA
MADRID



50 CTS

- Pablo - de - Granier -

GRUILA.

GRULLA

La Novela Sugestiva

GRULLA

por

PAUL GRENIER

Ilustraciones de
LOYGORRI

19

PRENSA MODERNA

Larra, 13 - Bajo Madrid. Apartado: 8.012

LA NOVELA
SUGESTIVA

DECLARA: que no pretende ser, ni siquiera parecer, una publicación pornográfica: que es, sí, alegre y desenfadada, frívola, galante, picaresca: nada más.

PRENSA MODERNA
IMPRENTA
LARRA, 13 MADRID

UNA MUJERCITA, UN PEZ DE COLORES Y UN YANQUI



Riri era lo que, en una palabra como en mil, se puede llamar un pequeño fenómeno sin temor de caer en el error.

Tenía dieciocho años, treinta y dos dientes de nácar, dos labios de escarlata y dos senos de alabastro.

Fijaos en que las comparaciones, aunque sean elogiosas, resultan un tanto raras.

Daos cuenta de la cara que pondríais si al entrar en vuestras casas os encontraseis con una mujer que tuviera los senos de alabastro. En fin, respetemos esas imágenes consagradas por el tiempo y usadas por los poetas, y volvamos a Riri, a sus dieciocho años, a sus dientes soberbios, a sus bonitos senos y a todo el resto de su belleza.

Riri era maniquí en casa de Yolande, en los Campos Elíseos, y aquella mañana estaba entregada a

guirla, y no se detenía si no era en la entrada del restaurante económico donde la muchacha hacía sus comidas.

En diez minutos, en un turbión de vestidos y de movimientos, Riri se convirtió en una mujer medio desnuda, en una muchacha apetecible y de un *chic* impecable.

Sobre el vestido elegante se colocó un abrigo forrado en piel, se empolvó la nariz y se dió una pincelada de rojo en los labios.

Veinte minutos después, la estación del Metro la expectoraba en la plaza de la Opera; atravesó la plaza, y por los bulevares se encaminó hacia la Magdalena.

En la calle de Scribe, un lío de carruajes la detuvo.

Un hombre vestido con un traje a cuadros, equipado como para una exploración del Sahara, se aproximó a ella, y con un fuerte acento nasal:

—¿Señorita? ¿Paseo? ¿Inmediatamente?

Ella le miró, vió que era joven y guapo, y le dijo que sí con la cabeza.

El la cogió del brazo con autoridad y se la llevó hacia la plaza de la Opera.

Riri le miró, y un pensamiento delicado hizo nido en su cabecita.

—Este tipo es una mala bestia. Me parece un amante formidable.

Por deducción, pensó en una entente francosajona. Se vió ella, como antes había estado junto a la

cacerola del pez rojo, con el pantalón del pijama y su inconsciencia por único traje, y el sajón como un boxeador a quien se le hubiera caído la única prenda que sacó al *ring*.

—Aquí estaremos bien—dijo el hombre.

Allí era el café de la Paz.

—Un *cock-tail* para mí, otro *cock-tail* para la señorita, ¿verdad?

—Sí, mi viejo.

—¿Por qué mi viejo? Joven, muy joven.

—¡Mi gran bebé!

—¡Oh! Baby...—dijo el sajón riéndose y enseñando una doble fila de dientes de oro.

Saliendo de su risa ingenua, repitió:

—¡Aoh! Dos veces usted dijo yo ser viejo. ¡Aoh!... Muy joven. Mucho *sport. Boxing, swimming, skating...*

—¿Flirting?—preguntó Riri, que no estaba desprovista de ingenio.

—¡Aoh! «Sentiment, the most beatiful in the world.»

—¡Oh! ¿Tú te das cuenta? (giro parisino equivalente al «que te crees tú eso» madrileño)—dijo Riri, acariciándose la barbilla con un gesto populachero.

—¿De qué?—preguntó él.

—Del espesor del caldo y de la inclinación del paracaídas. (La chulería del dicho parisino es: «Tu

—¿Quién es el que te acompaña?—preguntó el músico.

—Un yanqui. Te lo he traído porque me parece que debe tener la propina fácil.

—¿Y después?

—Lo dejaré caer—dijo Riri con dignidad—. Los borrachos me asquean. Y el que lo esté éste es una lástima, porque es un real mozo.

—¿Y yo?

—Tú también lo eres.

—Entonces, ¿por qué no quieres?...

—Ya hablaremos despacio. Te he traído al americano. Las propinas a medias.

Segura de haber cumplido con su deber, volvió con el yanqui. Riri charlestoneó con su compañero, y éste, bien bebido, al final de la noche comenzó a distribuir propinas entre los empleados del *dancing*, y a Riri misma le correspondió un billete de quinientos francos.

Mientras estos incidentes pasaban, la muchacha no había dejado de fijarse en que el saxófono la miraba con ojos de deseo.

Cuando escribimos el saxófono, empleamos la imagen gramatical que autoriza a tomar la parte por el todo. En cuanto Riri se apercibió de que el saxofonista la miraba, le sonrió muy gentilmente, lo cual tuvo por resultado una desafinación del instrumento.

Y ella dedujo, naturalmente: Es que me ama.

Por otra parte, cuando Riri decía «me ama»,



Pretendía enseñarle a nadar...

empleaba un sustitutivo, pues lo que verdaderamente quería decir es: «Me desea».

Entre dos piezas musicales, la chica se levantó y fué al lavabo. El músico se fué tras ella.

—¿Será indiscreto, señorita, el que yo la busque en lugares más tranquilos que éste?

—No habrá ninguna indiscreción en ello.

—¿Está usted con su amigo?

—¿Quién es mi amigo?

—Tal vez el señor que le acompaña.

Riri miró a su interlocutor, y agarrándose la barbilla con gesto canalla:

—¿Te has dado cuenta del espesor del caldo?

—No muy bien.

—Pues mi caballero me es totalmente desconocido. Me ha invitado, tomándome seguramente por una grulla.

—¿Y me permite usted que vuelva a verla?

—Ya se lo he dicho.

—¿Cuándo?

—A su elección.

—¿Mañana a la tarde?

—Imposible durante la jornada. Trabajo.

—¿A la salida del trabajo?

—Sí.

Riri le dió la dirección de Yolande, y le citó para las seis y media. Después fué a sentarse junto al americano, que estaba borracho como una cuba.

* * *

Riri se despertó con el sonido estridente del despertador.

Estirando su preciosa anatomía, murmuró:

—Esto de tenerse que levantar cuando se tiene sueño...

Había dejado a su americano a las tres de la mañana; se había acostado a las cuatro, y el despertador le sacaba de su sueño a las ocho.

En vano el yanqui había intentado retenerla a su lado. Riri, que no quería pasar la noche en brazos de un borracho, lo había dejado plantado y se había ido a dormir a su casa, donde le esperaba, impasible y silencioso, el pez rojo, metido en la cacerola.

—Tengo sueño—murmuró, convencida de que lo que decía era cierto.

Después, decidiéndose de repente, echó las sábanas por el aire, y como no llevaba pijama, su bonito cuerpo quedó un momento al descubierto. En seguida corrió hacia el lavabo y metió la cabeza en un cubo lleno de agua fría.

Mientras procedía a sus abluciones, no pudo impedir el que su corazoncito latiera fuerte al pensamiento de que el encantador saxofonista había de ir a buscarla al final de la jornada.

Se desayunó con un modesto café y un bollo, y corrió alegremente hacia el Metro.

Allí se zambulló en un departamento de segunda clase, completamente lleno. Apoyada en una de las barandas, tuvo que ofrecer la espalda a un señor

que no lamentó en absoluto aquello que podría parecer una muestra de mala educación, pues una mano llena de inadvertencia empezó a darse cuenta de que la chica no llevaba encima de su persona nada postizo.

Le habían enseñado a Riri durante su infancia que no es cortés volver la cabeza en la calle, y como creyó que aquella enseñanza podía ser aplicable al Metro, no quiso mirar al señor que hacía avanzar sus patrullas exploradoras.

También la madre de Riri le había dicho que, para evitar malos encuentros, no se parase a hablar con señores a quien no conociera. Riri se acordó de la enseñanza, y se libró muy bien de dirigir la palabra a aquel caballero. Este apreció aquella casta y modesta actitud en todo lo que valía, y su mano se hizo osada, hasta tocar algo redondo que hizo que a la muchacha se le olvidaran de pronto las cosas que le habían enseñado, y volviéndose rápidamente, le dijo indignada:

—Si es crema o manteca lo que usted busca, váyase a la lechería; y si es alguna otra cosa, en la place Pigall hay todos los días dos descargas de bacalao.

Después se puso a injuriar al señor de una manera grosera.

Yo profeso personalmente un gran respeto por la politiquería de Francia, lo mismo que vaya a pie que a caballo; pero debo reconocer que aquel sátiro tenía cabeza de viejo político libidinoso.

Cierto que si el individuo hubiera sido joven, Riri le hubiese concedido circunstancias atenuantes; pero en el caso presente le dirigió tales insultos, que al desgraciado no le quedó más recurso que bajar en la primera estación.

En la siguiente bajó Riri, y al llegar a la avenida se encontró con varias de sus colegas.

Fué un clarear de risas. Después entraron bajo el porche, y casi serias ganaron la cabina donde esperaban la hora de presentarse en el salón a exhibir los últimos modelos de la casa.

El decir que esperaban es una manera de hablar, porque, una vez allí, tenían que hacerse el gran maquillaje, el que resiste a toda clase de luces.

Las maniquíes, mientras se arreglaban, contaban sus últimas aventuras, las nuevas exigencias de sus amantes o los beneficios que habían obtenido fuera de las horas de costura.

Después de hecho el maquillaje, se esperaba la llamada de las «primeras».

—Vamos, señoritas. Todas las que estén vestidas de noche.

Las que llevaban vestidos de noche se presentaban en fila en el salón, siempre sonrientes.

El desfile general de trajes.

La jornada resultó demasiado larga para la impaciente Riri, que no pensaba sino en encontrarse con el joven saxofonista.

En todas sus pasiones—y habían sido varias—había sentido parecidas inquietudes, lo cual no le

impedía confesarse a sí misma con la mayor seriedad del mundo:

—¡Ah! A nadie he amado como a él.

Por fin sonaron las seis. Los minutos le parecieron a la vez largos y dulces a medida que el tiempo avanzaba.

Un timbre indicó que la hora de la salida había llegado.

Con un piar de jóvenes gorriones, las maniquíes invadieron la acera.

Riri no fué la última en aparecer.

Allí su músico la esperaba.

Con un gesto apasionado le tendió ella los labios; el otro, que no esperaba tanto, corrió a besarlos.

—¿Cenará usted conmigo?—le preguntó él.

—Haré lo que usted quiera.

El vacilaba en proponer lo que con cierto eufemismo podría llamarse la cuestión de confianza.

Aun con todo, le insinuó que vivía en la calle de Borgoña, que aquella noche estaba libre y que no tenía necesidad de ir a tocar el saxófono a Montmartre.

—¡Vaya!—dijo ella—. En ese caso, nos podremos aprovechar.

—¿De qué?

—Del amor. ¿O es que ha creído que he consentido en salir con usted para limpiar perlas?

—Sí; yo también prefiero ostras.

Ella le estrechó en sus brazos.

LA MUCHACHA BONITA, EL BELLO AMANTE Y EL PEZ QUE NADA



A las ocho entraban en un pequeño restaurante próximo a la casa del joven. Este, decidido a hacer bien las cosas, pidió una comida copiosa, formada por platos especiados concienzudamente. Quería ofrecerse el amor a todo vapor, y había que ponerse en condiciones.

Por fin, a las diez entraron en casa del músico, donde Riri supo que se llamaba Jacques. Le miró con el rabillo del ojo, y como viera que en su rostro se manifestaba el deseo, Riri quiso jugar con fuego, y fué a sentarse en el único sillón que había en la alcoba, echando las piernas por alto, como si fuera a dar volteretas.

En sus ojos había algo que se podía interpretar como una provocación o como un desafío; él se acercó.

Riri corrió a guarecerse detrás del sillón.

Unas carreritas. Riri, para estar más cómoda, tiró su corpiño, y el músico logró acorralarla entre dos muebles. Allí, una caricia y nueva huída de Riri; él logra sujetarla por la falda. Ella se desprende de la prenda y salta por encima de las sillas ágilmente.

—¡Riri!

—¡Jacques!

—¿Es que?...

—Es que...

Las manos de Jacques le sujetan por los tobillos. Riri ya no puede hacer más resistencia. Está por una parte cansada de correr por la alcoba; por otra, se siente demasiado descansada todavía. Complicaciones del vocabulario.

Por esto, los gestos de defensa vacilan.

Son lentos.

Sin fuerza.

Los ojos casi se cierran y los labios casi se abren.

Y...

Atención a la ley Beranger.

* * *

Al día siguiente llegó Riri al taller con la cabeza pesada. Una de sus colegas mostraba triunfante una *riviere* de diamantes. Se le conocía un amante rico, y no extrañó a nadie el que le hubiera regalado aquella joya.

Cuando la maniquí se desnudaba para ponerse uno de los trajes que había de lucir en el salón, la joya resbaló entre sus senos.

—¡Qué hermosa es!—exclamó Riri.

Orgullosa, la poseedora, indicando la *riviere*, dijo:

—Mi amante me ha prometido otra todavía más larga.

—¿Más larga?—dijo Riri observándola—. Entonces va a parecer que sale de una fuente.

Hubo una ola de risas, que dejó vejada a la orgullosa propietaria.

Se oyó la voz de una de las primeras:

—Señoritas, las de los trajes de viaje...

* * *

A la tarde, Jacques esperaba a Riri. Cenaron juntos. Después, él se fué a su orquesta y ella se quedó sola, con la cabeza vacía y el corazón lleno de deseos.

Su amante se creía casi feliz por tener que tocar el saxófono aquella noche, ejercicio menos fatigante que el del día anterior. Pero Riri, por el contrario, sentía nostalgias de algo.

—Si siquiera encontrase a mi americanucho del otro día—se dijo.

Una voz murmuró a su oído:

—¿Estás sola, guapa?

Se volvió. Un hombre pálido la miraba. No tenía

Pálida, cesó de defenderse.

Entre beso y beso, oyó palabras groseras y ordinarias.

* * *

La palidez del alba sorprendió en el lecho a Riri y a su apache. Empujada por la costumbre, la muchacha se levantó a la hora en que tenía que ir al taller.

Con los ojos medio cerrados se miró a sí misma.

Estaba llena de cardenales. El recuerdo de la escena brutal de la víspera le produjo escalofríos.

Miró a su compañero. En su rostro, numerosos vicios habían marcado sus estigmas. Se despertó en el momento en que ella saltaba de la cama.

—¿Dónde piensas ir?—le preguntó.

—A mi trabajo.

—Te acompaño, y esta noche iré a buscarte.

—¿Para qué?

—¿Para qué? ¿Crees que se encuentra todos los días una mina como tú?

En un segundo comprendió Riri el mal negocio en que se hallaba metida. El apache preguntó de nuevo:

—¿Dónde trabajas?

—En las Galerías Lafayette.

—¿Qué haces allí?

—Soy mecanógrafa.

—¿Te pagan bien?

—Quinientos francos al mes.

—Habrá que pensarlo. Te vas a echar a perder el temperamento en esa cueva. Habrá que buscarte otro oficio. Yo tengo camaradas bien relacionados. En tanto, voy a acompañarte.

Ella le despidió al llegar a las Galerías. Cuando a través de los cristales le vió seguir hacia el bulevar Haussman, salió del establecimiento por la puerta de Mogador. Allí tomó un taxi y dió la dirección de Yolande, y no se calmó hasta que, al llegar a los Campos Elíseos, vió que nadie le había seguido.

Al entrar en la cabina, se dejó caer sobre una silla y dió un suspiro. Las maniquíes le rodearon.

—¿Qué te pasa?

—Nada. Que esta noche me ha violado un apache de la Butte.

—¡Qué suerte!—murmuró una voz ronca.



EL TAXI DEL AMOR Y EL AMOR AL OÍDO



asaron algunos días.

Riri encontraba todas las tardes, a la salida del taller, a Jacques, y ambos cenaban juntos. Después, cuando la comida había sido rápida, marchaban a ocultar su amor en un hotel cualquiera, y luego, mientras él se iba a tocar el saxofón, ella tomaba un taxi e iba a reunirse con su pez rojo, siempre impasible y silencioso, al mismo tiempo que poco apto para nadar sobre la espalda.

La chica no acompañaba nunca a Jacques a su trabajo, por miedo de encontrarse con el indíviduo de la Butte; pero como el corazón de la mujer es unas veces un pedazo de cielo y otras una sentina, había veces que se acordaba con complacencia de los cardenales que habían amoratado su cuerpo.

La noche en que Jacques estaba de vacación, se fueron a pasar la noche a Boulogne.

Esta vez, el joven saxofonista no se precipitó, como lo hiciera la primera, sobre el fruto sabroso que se ofrecía a su paladar.

Miró primero a la mujer que el dios Cupido lanzaba en sus brazos, y fué para él como una indigestión de sol ante aquel deslumbramiento. Contemplaba absorto a Riri, como si por primera vez la viese, y se maravillaba de encontrarla tan bella de líneas, tan adolescente.

Fué una noche de loco amor.

Cuando los amantes se despidieron, se juraron volverse a encontrar en las mismas condiciones y en el mismo lugar la semana siguiente.

Dos días después, Jacques no fué a esperar a Riri.

Al día siguiente recibió la muchacha un *pneu*, en que su amante le anunciaba que se hallaba enfermo.

Pasaron cinco días.

La jovencita no escuchaba al pasar los piropos halagadores ni las precisiones fisiológicas que le hacían los transeúntes.

Decidió ir a Boulogne por nuevas de Jacques. Cuando llegó, fué recibida por la propia madre de su amante, a la que se presentó como una camarada del saxofonista.

A las once se despidió.

Pasaba un taxi.

Subió y dió su dirección.

El chofer era lo que se puede llamar un guapo

mozo, y se dió cuenta de qué clase de chica era la que había subido a su automóvil. En suma, que la clasificó inmediatamente en el orden de las gallináceas, a no ser que lo fuera de las zancudas emigratorias.

Era un hombre decidido, y cuando le gustaba una muchacha no podía contenerse, y se metía en cada barullo que era la reoca.

Así es que, como Riri fué de su agrado, en lugar de conducirla al sitio que la chica le había indicado, salió a toda velocidad en dirección al Bosque de Bolonia, donde en seguida se perdió entre las sombras de la alameda.

Bruscamente apagó los faros y detuvo el coche junto a la ribera de un camino.

Inquieta por el recorrido hecho, Riri se sintió empequeñecida en la inmensa oscuridad que reinaba a su alrededor.

Se abrió la puerta del coche.

—¿Qué pasa?—preguntó con voz angustiada.

—Nada—le respondió una voz masculina—. No pasará nada si usted se muestra gentil.

Riri tuvo miedo.

Llena de angustia, tendió su bolso de mano al hombre que apenas vislumbraba, diciendo:

—Tenga; no tengo joyas. Quédese con mi saco. No me haga daño, y yo no daré queja ninguna.

El otro murmuró:

—Aquí hay un error, señorita. Yo no quiero de usted un solo céntimo.

—Entonces, ¿qué es lo que quiere?

—A usted misma.

Bruscamente se sentó junto a ella.

Unas manos sólidas atenazaron sus muñecas; pero como el que las atenazaba no sintiera que Riri le opusiese la más mínima resistencia, dejó las muñecas en paz y la besó en los labios.

Riri continuó quieta y asustada.

El la cogió de la mano y la acarició. Luego se atrevió a más. Riri, siempre indiferente, siempre asustada, le dejó. En lugar de las palpitaciones del motor, en aquel taxímetro se oyeron suspiros.

Pasaron unos minutos... ¡Bajamos las cortinillas!

Después el chofer la dejó todavía tembiando, subió a su asiento, encendió los faros y puso el automóvil en marcha.

Al llegar a Port Maillot, le indicó Riri que se detuviera.

Correcto él, le indicó el precio que marcaba el contador, y como ella se quedara un tanto sorprendida, le dijo el chofer con una sonrisa ambigua y burlona:

—Por la propina no se preocupe usted. Ya me la he tomado yo adelantada.

Rabiosa Riri, pagó, se dirigió al Metro y regresó a su casa.

A la mañana siguiente dijo a sus compañeras, las maniquíes de madame Yolande:

—Anoche fuí casi violada por el chofer de mi taxi en el Bosque de Bolonia.

Hubo un segundo de asombro, y la voz ronca que en la otra ocasión dijo: «¡Qué suerte!», cuando Riri narró su aventura con el apache, esta vez no se pudo contener, y exclamó:

—La próxima vez nos lo traes al taller.

* * *

Aquella tarde Riri volvió temprano a su casa y, un poco cansada y otro poco triste también, se acostó, buscando en el sueño un olvido momentáneo a las caricias del saxofonista.

Pero el sueño parecía huir de sus ojos. Las horas pasaban atrozmente lentas, y todavía continuaba despierta.

El pensamiento de Riri flotaba y se iba insensiblemente hacia recuerdos precisos que ponían fuego en sus venas.

—¡Sucia noche!—exclamaba cada vez que un reloj vecino sonaba los cuartos de hora.

Ensayó cambiar de posición; se colocó sobre la espalda, sobre el vientre, sobre el lado derecho, sobre el izquierdo. Nada. El sueño no llegaba.

De pronto, en el momento en que parecía que, por fin, iba a quedar dormida, el reloj vecino dejó caer los doce golpes lentos de doce campanadas.

Pocos momentos después Riri oía ruido de pasos. Su vecino de alcoba volvía a casa.

—¡Vaya!—exclamó Riri—. Y no viene solo.

A través de la delgada pared oyó la muchacha

ruidos confusos. Curiosa como Eva, aplicó el oído al muro.

Un ruido de besos llegó hasta su pabellón auricular; después, una palabra dulce dicha por labios de mujer, y después un silencio.

—¡Vaya! Está esto bien—se dijo Riri—. Era lo que me faltaba.

La chica continuaba sin ganas de dormir. Lo único que lamentaba era encontrarse sola.

En la otra alcoba hablaban a media voz.

Riri se volvió hacia su pez rojo:

—¿Qué te parece a ti esto?—le preguntó.

El pez siguió mudo y dando vueltas dentro de la cacerola.



EL AMOR A LA AMERICANA Y LA CONQUISTA DE LOS «RÉCORDS»

La enfermedad de Jacques, una mala bronquitis, no caminaba hacia su curación total, a pesar de los cuidados maternales. Por otra parte, el doctor ordenaría, sin ninguna duda, una estancia más o menos larga en la campiña, lo que alargaría la separación de los amantes.

A todo esto se agregaba, para colmo de infortunio, la estancia nocturna y casi cotidiana de los vecinos de alcoba de Riri, que acabaron con su ejemplo de poner a la muchacha en situación de buscar un amor cualquiera.

En pocas palabras, que la virtud, ya de por sí frágil, de la joven maniquí, no llevaba camino de ofrecer una resistencia seria al asalto que pudieran presentarle los imponderables.

Una tarde, en compañía de una amiga empleada en una elegante casa próxima a la Madeleine y del amante de dicha amiga, Riri, hacia las doce de la

noche, se arriesgó en un *dancing* del barrio Latino, donde con asombro reconoció, medio borracho, a su americano Allan C. Sqrebbs.

El también se fijó en ella.

Pronunció, al verla, una exclamación gutural y, levantándose, fué a su encuentro. Un poco inquieta Riri, le tendió la mano.

El se la estrechó y la sacudió calurosamente.

—¡Oh mi querida pequeñita cosa! ¿Qué tal? Prodigiosamente contento de verla. Yes, certainly. Muy, muy contente. ¡Indeed!

—Yo también me alegro de verle—dijo Riri.

—¡Oh! Esta noche no estoy borracho. Justo, lo necesario nada más. ¡Champán, pronto, para los dos!

—Yo no puedo—dijo ella—. Estoy con amigos.

—¿Y eso qué importa? Champán para todo el mundo.

Los tres se sentaron junto al yanqui.

La orquesta tocó.

El americano se levantó e invitó a Riri a bailar un tango.

Ella aceptó, y juntos dieron los primeros pasos al ritmo suave y lánguido.

El americano danzaba muy bien.

Riri bailaba con gracia felina. El contemplarlos era un encanto de los ojos. La jovencita no se daba cuenta más que de una cosa: de la musculatura del hombre en cuyos brazos se hallaba, y se estremecía al pensamiento de que podía sustituir a Jacques.

Si las almas es verdad que reencarnan, en aquel momento se podría creer que en la de Riri había reencarnado el alma de Mesalina o de alguna otra distinguida grulla de los tiempos antiguos, que la Historia se ha tomado el trabajo de conservar el nombre para edificación de las generaciones futuras. Se ignora el nombre de los generales que conquistaron la Nubia para los Faraones; el de los que construyeron las grandes pirámides o los templos de Angkor; pero ninguno de nosotros ignora los impresionantes *ribouldingues* de Mesalina en la suburra romana, o de Antonio y Cleopatra, rociados de perlas en vinagre.

Riri podía, pues, estar orgullosa de un temperamento que, con un poco de suerte, podría hacerle pasar a la Historia entre el mariscal Foch, que ha ganado la guerra, y los que la han perdido.

Orgullosa inconscientemente de cosas que ignoraba, Riri se estrechaba contra su caballero. El resto le importaba lo que la primera camisa de la primera hermana del tatarabuelo de su portera.

Y el bravo Allan, a pesar de los primeros vapores de la embriaguez, se daba cuenta de lo que pasaba en su espíritu y en el de su bonita pareja.

Se decidió a hacer dos cosas: a dejar de beber y a hacer que Riri bebiese. Evidentemente que esto no es una cosa demasiado delicada; pero yo no quisiera hablar mal de un aliado, aunque tenga ese gusto de ciertos champañas americanos que... Prefiero contar su historia.

En Londres, en Madrid o en Roma—el punto donde ocurrió no tiene importancia—, un americano y un inglés se disputaban el corazón, la mano y el resto de una encantadora viuda española, con unos ojos como brasas y un seno todo lo firme que quieran ustedes suponer.

La encantadora viuda no sabía cómo resolver el conflicto, y como cada día ellos la coaccionaran para que eligiera, declaró a ambos pretendientes:

—Seré de aquel que inmediatamente me cuente el más bello embuste.

Los aspirantes se miraron.

—¿El más bello?—preguntó el inglés.

—El más grande—respondió la dama.

El más grande—pensó el yanqui—ha de ser el embuste americano, porque todo en los Estados Unidos es mayor que en el resto del mundo.

—Empiece—dijo al inglés.

—Usted primero.

Y lentamente el yanqui empezó:

—Había una vez en los Estados Unidos un caballero...

El inglés comenzó a reírse.

—¡Colosal!—dijo—. Había en los Estados Unidos un caballero... ¡Usted ha ganado!

Quedamos en que Allan C. Sqrebbs se dedicó a la tarea de hacer beber champán a la pobre Riri, y que la pobre Riri comenzó la tarea de bebérselo.

Al llegar el alba, se habló de retirarse.

Era domingo. Los amigos de Riri se fueron jun-



Los maniquíes se preparaban...

tos, después que el yanqui se hubo brindado a acompañar a la joven. No sabemos si fué el champán o la malicia lo que hizo que el estadounidense se olvidara de dar al chofer la dirección de Riri y, en cambio, diera la de su propio domicilio.

Riri fué, pues, introducida en las habitaciones del rico extranjero; pero éste se vió castigado por donde había pecado. La cantidad de líquido absorbido resultó excesiva para Riri, y, en lugar de los minutos de amor con que pensaba regalarse, tuvo minutos de náuseas y series de tisanas calientes.

Al llegar la noche, aquello parecía ir mejor.

Exactamente Riri se halló en las mejores condiciones de tomar lo que por causa del alcohol se había visto privada; pero entonces, como ya en otra ocasión demostró tener alma de grulla, experimentó un placer en devolver al yanqui jugarreta por jugarreta, y a la noche aceptó el acostarse bajo su techo, pero con la condición de que había de hacerlo sola.

El aceptó y suscribió todas las fantasías de la jovencita.

Al siguiente día, por la mañana, autorizó al norteamericano a que la acompañara a su trabajo y a que fuera a buscarla a la salida.

Así Riri llegó a bordo de un magnífico conducción interior y al lado de Allan, lo que hizo que palidecieran de envidia más de cuatro maniquíes.

A la tarde se hallaba Allan esperándola.

Cenaron juntos y juntos fueron al teatro, y después, juntos también, se presentaron en casa del norteamericano, donde les aguardaba una comida fría con vinos finos y champán, de los cuales los dos cómplices usaron moderadamente, el uno por temor a la lignostomia (vulgo curdela), y la otra temiendo echar a perder una ocasión más por causa de su inconducta.

La comida resultó encantadora y sabrosa.

Allan espiritual y Riri excitada, lo cual en la chica no era cosa extraña, sino absolutamente normal.

Después de todo, ya se sabe que eso es corriente en su mundo, pues esta grullita lo era sin complicaciones, sin execrables complicaciones...

En fin, que llegó el momento fatídico.

El americano se había fijado en Riri como terreno adecuado para una proeza que pensaba ejecutar: la de batir sus propios *records*. No se corre lo mismo en campo blando que en campo duro, y los buenos deportistas saben que para batir un *récord*, el terreno en que se ha de batir juega un importante papel, lo mismo que no da igual celebrar un *match* de fútbol en un campo que en otro.

Riri, valga la expresión, era el mejor campo de fútbol que el yanqui había encontrado desde su llegada a Francia.

Llegó un instante en que Riri abrió la bonitura de sus labios para dejar escapar un nombre:

—¡Jacques!

Cuando el yanqui vió que sus ideas no estaban

demasiado embarulladas, le dijo con el aire infantil y pueril de sus compatriotas:

—Señorita, no me llamo Jacques; me llamo Allan.

Y ella, conteniendo la risa, contestó:

—Ya sé que te llamas Allan; pero lo de decir Jacques es una promesa.

—¡Ah, bien! En ese caso, puede usted decirlo otra vez.

—Así, en frío ...

Diez minutos después, Riri volvía a llamar al saxofonista, y el norteamericano, no con la alegría que lo hacen los atletas, sino desfallecido y suspirante, exclamaba:

—¡Un *récord!*

Y en seguida se sumergió en la dulzura del sueño, en el que inmediatamente se sumergió Riri, porque ya no podía ni con los párpados.



EL AMOR A LA MANERA DEL GRAN SIGLO Y DEL NUESTRO



DESPUÉS de algún tiempo, Riri se fué una tarde sola a oír una pieza que tenía éxito en un teatro que lleva el nombre de un museo célebre por ciertos cinturones poco higiénicos, pero muy prácticos para un marido celoso, que antes podía irse tranquilo a las cruzadas y hoy a sus ocupaciones, si es viajante de comercio.

Después de ver la representación, decidió ir a su casa a pie.

La temperatura era dulce, y Riri caminaba lentamente, gozando de la calma y de la tranquilidad de aquella hora.

Iba pensando y repasando sus múltiples aventuras amorosas, pero poco satisfecha, porque hasta entonces todos sus entretenimientos habían sido con ciudadanos medios, y no había gustado del encanto que suponía habían de tener los amores aristocráticos.

La nobleza francesa faltaba en su cuadro de caza y, por tanto, le parecía que jamás había pertenecido a verdaderos conocedores que hubieran podido apreciar en su justo valor lo que ella poseía.

¡Ah! ¡Qué bien recibiría Riri a descendientes de nobles y de caballeros, y cómo, sin vacilación, se pondría a su disposición aristocrática!

Cuando, después de haber atravesado la plaza de Saint Michel, pasaba el puente, se apercibió de que era seguida.

No tenía por qué inquietarse, ya que por casualidad había allí agentes de orden público. Lanzó una mirada a su perseguidor, y su corazón latió de prisa. ¡Aquel hombre tenía que ser un aristócrata!

El examen rápido no había podido ser más favorable.

Es que un señor, con una capa de cuello de terciopelo, cubierto con un seis reflejos impecable, enguantado cuidadosamente, ¿puede ser otra cosa que un aristócrata?

El desconocido se aproximaba a ella. Estaba sobre sus talones.

¿Iría a hablar? Y si lo hacía, ¿qué debía ella responderle?

¿Sería mejor continuar su camino y poner como pretexto que era de noche? Por el contrario, ¿aceptaría la conversación porque el hombre le agradaba? Después de todo, allí en la calle no arriesgaba nada.

Poco a poco él se aproximó.

Ahora caminaba junto a ella, y la miraba a hurtadillas. Parecía que vacilaba, y ante aquella fingida timidez, Riri deseaba con impaciencia que comenzase a hablar.

Y, en efecto, habló. Lo hizo con una voz muy dulce y de timbre agradable. Como ella pareciera escucharle con placer, él echó mano de la serie clásica:

—La amo desde hace mucho tiempo. Me he fijado en usted con frecuencia. El verla es mi sola dicha. Su belleza ha seducido mi ser. Me siento capaz de hacerla dichosa.

Mientras parecía que estaba preparando el terreno para una ofensiva ulterior, Riri capituló sin condiciones. Lo comprendió él, y se presentó:

—Adhemar Wladimir de la Haulte-Chesnaie, agregado militar de Francia en la Embajada de Rutenoeslovenia.

Los párpados de Riri batieron con fuerza al oír aquellos nombres y cualidades. El noble personaje en quien ella había pensado se presentaba bajo los mejores auspicios.

La voz de Adhemar continuaba cálida y envolvente. Ciertamente que él había tenido aventuras. La aventura era su pasión, su sueño, su sport. Vencer la resistencia femenina era la cosa más noble.

Otras veces decía: «Mis abuelos...»

Solamente por aquel «mis abuelos...» Riri hubiera hecho los más grandes disparates.

Le pareció que, aceptando la proposición de Adhemar y abandonándole la dulzura nacarada de su cuerpo, entraba bruscamente en la nobleza de Francia.

Su pequeño corazón latía.

Se decidieron a pasar juntos lo que quedaba de día.

¿Qué idea tuvo entonces Riri? ¿Prudencia? No. ¿Orgullo? Probablemente. Rehusó llevarle a su casa y prefirió un hotel.

Como él insistiera, ella hizo el papel de los grandes pudores ultrajados.

—Señor, cuido la consideración de los que me rodean. He tenido la debilidad de escuchar sus palabras y la de seguirle. No exija más.

Así que un cuarto de hora después subían juntos las escaleras de un mediano hotel de los Mercados.

Cuando se quedaron solos hicieron lo que todo el mundo ha hecho en semejantes circunstancias; pero él se mostró con un tacto tan persuasivo, que Riri se quedó sin más adornos encima que sus joyas y su collar, muy bonito y de bastante valor.

Adhemar apagó la luz.

Riri pasó la noche pensando en que el amor de Adhemar no debía ser incompatible con el de Jacques y viceversa, es decir, que entre el músico y el noble podían hacerla feliz, y si le faltaba algo allí tenía a su americano. Del que no quería acordarse—pero se acordaba—era del apache que la amorató el cuerpo a golpes.

Y la noche transcurrió.

A las cuatro de la mañana, Riri se quedó profundamente dormida.

* * *

Tal como ella lo había recomendado, a las ocho y media llamaron a la puerta de su habitación para despertala.

Poco a poco fué recobrando la noción de las cosas.

Se estiró ampliamente y murmuró:

—¡Adhemar!

Pero Adhemar ni siquiera respondió.

Se volvió para acariciarle.

En la cama no había más ser humano que ella.

—Estará en el lavabo...

Después, como su mirada se paseara por la alcoba, no vió los vestidos masculinos.

Se sentó en la cama.

Allí no había error de ninguna clase.

Adhemar se había marchado.

Y probablemente para no volver.

Pensó que sería para evitar la tristeza de la separación, y le pareció que aquel hombre exageraba la delicadeza.

—Después de todo, pueda ser que sea esta la costumbre de los aristócratas.

Sí, debía ser la costumbre.

De ello se pudo dar cuenta algunos minutos más

tarde, al ver que el collar, las joyas y el relojito habían desaparecido con el contenido de su bolso de mano y el neceser de oro que en él guardaba.

Con todos estos objetos, Adhemar Wladimir de la Haulte-Chesnaie, agregado militar de la Embajada de Francia en Rutenoeslovenia, se había pura y simplemente volatilizado.

Riri, media hora después, presentaba sus querellas al comisario de policía, y por consecuencia de este retraso, llegaba a su taller media hora más tarde de la hora de entrada, donde fué recibida con ceño duro por el jefe del personal, a quien encontró en la escalera.

Y fué con lágrimas en los ojos como se presentó aquel día en la cabina.

* * *

Esta aventura dejó a Riri descorazonada.

Otra, que no fuera ella, habiendo perdido tres o cuatro mil francos, se debatiría bajo el golpe tremendo de aquella desilusión.

¡Un noble portarse peor que el apache de la Butte! ¡Un hijo de los caballeros! Porque después de todo, Riri parecía no quererse dar cuenta de que el autor de la estafa, como caballero, lo era únicamente de industria. Creía firmemente en lo de la agregación a la Embajada de Adhemas Wladimir de la Haulte-Chesnaie. Y a pesar de todo, Riri se sentía halagada.

Poder decir a aquella fatua de Fernanda que trabajaba en casa de Gertrudis, y que era entretenida por un noblecillo sin importancia: «¡Bah! ¡Los nobles! Yo no los conservo ni siquiera una noche. Tengo los que quiero, y agregados en las Embajadas además.»

Por aquello y por todo, hacía falta que Adhemar continuara siendo de la Haulte-Chesnaie y agregado de Embajada.

Era lo más lógico, lo mejor y hasta lo más necesario para la tranquilidad de su espíritu.

Al día siguiente, cuando Riri salía de casa de Yolande, una voz la llamó.

Volvióse y vió que era Jacques.

Dejó a sus amigas Berthe y Zizi, corrió hacia el saxofonista y se echó en sus brazos.

—Te quiero, Jacques, te quiero...

Algo le decía que lo que acababa de pronunciar era verdad. Que ni el americano, ni el apache, ni el seudoaristócrata valían para ella lo que el tocador de saxofón de un *cabaret* en Montmartre.

Un auto les llevó a Boulogne.

Una hora después, Riri y Jacques hacían todo lo que estaba de su parte para ganar el tiempo perdido.

—¿Has pensado en mí?—le preguntó Riri.

—¿Y me lo preguntas? Y tú, ¿has pensado en mí?

—En nadie más.

—Es que como las mujeres sois como sois.

—Yo conozco lo bastante la vida para serte fiel.

—Entonces, ¿me amas?

—Con toda mi alma.

Un abrazo les unió.

Un beso siguió al abrazo.

¿Por qué en aquellos momentos Riri se acordó de Adhemar? No lo sabemos. Quizá porque en otros momentos parecidos, y estando con el yanqui, se había acordado de Jacques, o quizá también porque Riri, además de ser una encantadora maniquí en casa de madame Yolande, era también una grulla.

Una grulla propietaria de un pez rojo.

De un pez rojo lo suficientemente estúpido para no poder aprender a nadar sobre la espalda.

Lo contrario de Riri.



